

Viaje al Reino de Ava

Una crónica birmana

LEONCIO ROBLES



LA LÍNEA DEL HORIZONTE
ediciones



**LEONCIO
ROBLES**

HUARAZ, PERÚ

Escritor, traductor, viajero, periodista y realizador de documentales de temas sociales en Asia y Latinoamérica. Ha publicado reportajes y fotografías en diversos diarios y revistas de España y Perú. Ha traducido *Las campanas del silencio*, obra de tema antropológico, y las memorias de Joris Ivens, *La cámara y yo*. Ha publicado el libro de relatos *Contraluces* (2009) y la novela *Bajo el cielo amazónico* (2014).



Viaje al Reino de Ava

Una crónica birmana

LA LÍNEA DEL HORIZONTE
ediciones

VIAJE AL REINO DE AVA

UNA CRÓNICA BIRMANA

-

LEONCIO ROBLES

LA LÍNEA DEL HORIZONTE
 *ediciones*

Colección Fuera de sí. Contemporáneos, 21

© Leoncio Robles, 2022

© De esta edición: Festina Lente Ediciones S.L.U., 2022
Todos los derechos reservados

Primera edición: abril de 2022

Publicado por La Línea del Horizonte Ediciones
C/ Mesón de Paredes, 73 | 28012 (Madrid, España)
www.lalineadelhorizonte.com | info@lalineadelhorizonte.com

Directora editorial: Pilar Rubio Remiro
Coordinador editorial: Miguel S. Salas
Corrección: Christian Cruz

Diseño de cubierta: Víctor Montalbán | Montalbán Estudio Gráfico

ISBN: 978-84-17594-78-7 | THEMA: WTL, JPWS | Depósito Legal: M-4192-2022
Imprime: Cofás | Impreso en España | *Printed in Spain*

Este libro ha sido impreso en papel ecológico, cuya materia prima proviene de una gestión forestal sostenible.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. www.conlicencia.com

El camino es la meta.

PROVERBIO TAOÍSTA

La victoria está hecha de derrotas.

BOHUMIL HRABAL

Ningún país ha podido beneficiarse nunca
de una guerra prolongada.

SUN TZU

HISTORIA

Birmania (Myanmar) fue colonia de Gran Bretaña a partir de 1824 y fue gobernada al principio como provincia desde la India británica. Mediante el Acuerdo Aung San-Attlee, firmado en Londres, el 17 de octubre de 1947, Birmania alcanzó la independencia. La plena soberanía entraría en vigor el 4 de enero de 1948. Tras el Acuerdo, se celebraron las primeras elecciones y la Liga Antifascista por la Libertad de los Pueblos obtuvo mayoría absoluta. Aung San había renunciado a su grado de general del Estado Mayor del Ejército para presidir el Gobierno como civil. La Liga aglutinaba a diferentes grupos políticos y étnicos que sostuvieron la lucha contra los colonialistas británicos; pero antes de que entrara en vigor la soberanía, Aun Sang fue víctima de un complot. Su asesinato fue un golpe traumático para sus compatriotas, cuyo anhelo de vivir en democracia se aplazaría hasta la segunda mitad del siglo XXI.

Desde 1948 se sucedieron gobiernos provisionales e inestables. En 1958 el Gobierno de la Liga entregó el poder al general Ne Win, también de manera provisional. Este cedió el poder a la llamada Facción Limpia de la Liga Antifascista por la Libertad de los Pueblos, que convocaría elecciones en 1960. Fue elegido presidente U Nu. El general Ne Win encabezó un golpe militar en 1962, imponiendo una férrea dictadura que llenó las cárceles de miles de políticos de la oposición, y lanzó ataques militares contra grupos insurgentes étnicos que exigían autonomía territorial o federalismo. En 1988, por presión de los movimientos sociales que tomaron las calles en todo el país, se vio obligado a renunciar. Aunque mantuvo el poder en la sombra hasta su muerte en 2002.

Mediante las elecciones de 2015, Birmania recuperó la democracia, pero las Fuerzas Armadas se reservaron constitucionalmente importantes parcelas de poder en el nuevo parlamento, instalado en 2016.

NOTA DEL AUTOR

El autor ha preferido referirse al país como *Birmania* y no como *Myanmar*; como *Rangún* y no *Yangón*. Las numerosas personas con quienes tuvo trato directo se identificaban siempre como birmanos, y quienes pertenecían a una etnia en concreto lo hacían añadiendo el nombre específico de las más de veinte que existen en el país. La junta militar que se hizo con el poder mediante un golpe de Estado decidió cambiar el nombre del país por el de República de Myanmar. Este nombre es reconocido por las Naciones Unidas y por la Unión Europea, aunque otros países aún lo rechazan. Los británicos que colonizaron el país en el siglo XIX optaron por el nombre oficial de *Burma*, (*Birmania* en español), por la etnia barma, históricamente más numerosa. Ambas nomenclaturas son válidas.

El autobús hizo paradas de veinte minutos en ciudades tailandesas con nombres de sonoridad rotunda: Lamphun, Lampang, Sobprab y Tak. Las ocho horas no se hicieron tediosas porque había elegido un asiento desde el cual pude centrarme en el paisaje que veía a través de la ventanilla, escenas cambiantes que observaba con fascinación. Anohecía cuando abandoné la estación y me dirigí directamente a una cabina de teléfono que vi a media calle bajo una farola. Al marcar el número que tenía anotado en mi libreta me percaté de que un mototaxista se había detenido a un paso de la cabina, con las luces y el motor encendidos. Deduje que se ofrecía como servicio de taxi al verme con mochila y sobre todo por ser *farang*. No había respuesta. Colgué y volví a marcar. Por fin alguien contestó. Pregunté por Aung Moe Swe. «Sí, Aung Moe Swe al habla», respondió la voz. Respiré aliviado. Había estado esperando mi llamada y enseguida me dio instrucciones con nombres de calles y lugares en tailandés que no pude retener, salvo la palabra *hospital*. Entonces le hice una seña al mototaxista para que se acercara y le di el auricular. Oí que el hombre respondía también en tailandés y asentía al recibir las instrucciones.

«No problem», dijo al salir de la cabina. Seguidamente me hizo un gesto para que subiera en el asiento trasero. Después de unos minutos de trayecto por calles de tráfico despejado desembocamos en una amplia explanada solitaria. Pertenecía al hospital que me había indicado Aung Moe Swe. Un edificio moderno, con una verja de hierro delante; y detrás de ella, dentro de una caseta, un vigilante uniformado nos observaba con poco interés a través de la ventanilla. Estaba pagando al

mototaxista cuando apareció, por el otro extremo de la explanada, una motocicleta que se detuvo al lado con el acelerador haciendo ruido. Era un hombre joven con la cabeza rapada y vestido con el tradicional *longi* birmano. Un apretón de manos fue suficiente para presentarnos; acto seguido, el rapado colocó mi mochila delante de la moto y yo me acomodé detrás. Partimos a toda velocidad y en pocos minutos estábamos fuera de la ciudad; seguimos por una carretera asfaltada por partes y bordeada a ambos lados por terrenos vallados, casas de madera y más terrenos con árboles frondosos que eran sombras compactas a esa hora de la noche. El rapado disminuyó la velocidad y dirigió la moto despacio hacia la derecha, en dirección a un portón entreabierto. No hizo falta que me apease porque ya estábamos dentro, en una especie de patio de regular dimensión. Al fondo de aquel espacio se levantaba una construcción de madera que sugería un escenario de teatro bajo una iluminación más bien pobre. Debajo de la especie de escenario, alrededor de una mesa baja, varios hombres conversaban en la penumbra. Sobre la mesa había vasos y algunas botellas de cerveza. Al presentarme fui estrechando la mano a cada uno de los reunidos. Me daban la bienvenida y observé que todos vestían *longi*, excepto el único *farang*, que dijo ser canadiense. El hombre que estaba en un extremo de la mesa se acercó sonriente.

—Hola, estamos encantados de recibirte. Yo soy Aung Moe Swe. Mike me llamó ayer de Chiang Mai para decir que venías.

Había conocido a Mike unos días antes en la redacción de la revista *The Irrawaddy*, especializada en temas sociales y políticos relacionados con Birmania.

El canadiense se despidió enseguida. Todos los birmanos habían dicho sus nombres, pero para mí era

imposible retenerlos si antes no los veía escritos. Es difícil recordar los sonidos, entre otras cosas, porque no se pronuncian como se escriben, incluso utilizando caracteres latinos. Uno de los hombres preguntó si deseaba que me sirviera un vaso de cerveza. Lo percibí como un gesto de buena acogida, me preguntaban sobre el viaje, si era la primera vez que venía y cuánto tiempo pensaba estar en Mae Sot. Sabían por Mike la razón de mi viaje a esta ciudad, me ofrecían ayuda en todo lo que estuviese a su alcance y expresaban su agradecimiento por interesarme en su país, asumían el olvido general en que había caído Birmania desde hacía décadas, el bloqueo comercial que soportaban a causa del rechazo internacional al que los había llevado el régimen dictatorial gobernante. El silencio era un arma de doble filo y querían que el mundo conociera la represión de que eran víctimas los demócratas de todas las etnias birmanas. Escuchaba atento la pesadumbre con que se expresaban, y era evidente que deseaban que el mundo supiera de sus problemas sin importar quién era el intermediario. Sabía todavía poco del país, algunas lecturas me habían ayudado a acercarme a la historia birmana reciente, y precisamente estaba aquí para empezar a conocer esa realidad de manera más profunda.

Observé que la cerveza se había terminado y pregunté si me permitían invitarles una ronda. Aceptaron entusiastas. Di unos billetes de bahts al joven rapado para que fuera en moto a comprar más botellas de cerveza Lion. Uno de ellos preguntó dónde me iba a alojar. Era un hombre de poco más de treinta años, de pelo corto y mirada penetrante y resuelta.

—En un hotel. Tengo que buscar uno antes de que se haga muy tarde.

—Si quieres puedes quedarte aquí con nosotros —dijo con espontaneidad.

Agradecí, pero no quería causarles incomodidad. Aunque al final no pude escabullirme y acepté.

Nada me habría podido sorprender más cuando supe que el hombre que me invitaba a quedarme era nada menos que Bo Kyi, de quien me habían dado referencias en la oficina que Reporteros Sin Fronteras tiene en Madrid. Era una de las personas a quien tenía previsto buscar. Dirigía la Asociación de Expresos Políticos de Birmania, cuya sede estaba en Mae Sot por razones obvias. Unos años atrás, Bo Kyi había visitado varios países europeos para denunciar la persecución tenaz ejercida por el régimen militar contra demócratas de todas las tendencias. Por su lucha contra la dictadura y por su condición de expreso político fue distinguido por Amnistía Internacional con una placa recordatoria. Incluso fue recibido por Václav Havel en Praga, y en Roma, por el primer ministro italiano.

Bo Kyi me condujo a una habitación del segundo piso. Igual que ocurría con las costumbres de lahus y tai, había que descalzarse en el interior de las casas. En la habitación que me mostró había juguetes de niño regados por el suelo y olía a naftalina. En un rincón sobre el suelo había una colchoneta y, encima, un edredón delgado que parecía muy usado. Dejé allí la mochila y regresamos al patio. Bo Kyi me preguntó si quería cenar y señaló hacia una mesa lateral donde había varias bandejas con verduras y otros alimentos, cubiertas cada una con una campana de plástico para protegerlas de las moscas. Agradecí la invitación, pero dije que prefería salir, no deseaba causar más molestias. Entonces un entusiasmado Aung Moe Swe se ofreció a acompañarme.

Utilizamos la moto del joven rapado. Aung Moe Swe me llevó a una especie de plaza repleta de humean-tes puestos de comida. Multitud de birmanos pululaban como sombras entre los quioscos y daba la impresión de

ser una especie de feria de muestras de diferentes grados de pobreza.

—Este es el mercado negro de los birmanos —dijo él—. Aquí encuentras de todo para comprar o hacer trueque.

—¿Qué cosas por ejemplo?

—Cosas de poco valor —especificó, dibujada en los labios una mueca despectiva—. Muchos vienen a este lugar también para tener noticias de Birmania o para conseguir trabajo de peón en la construcción o en campos de cultivo.

Nos abríamos paso entre personas que, en efecto, daban la impresión de trapichear con infinidad de objetos y, sobre todo, ropa de segunda mano. Ocupamos la mesa de un puesto de comida alumbrado por un tubo de neón y atendido por una mujer de aspecto afligido, que, por el volumen de su vientre, parecía estar en la última semana de gestación. En un rincón, el marido, un hombre flaco y de bigote hirsuto, manipulaba en el fogón un bol entre chisporroteos y denso humo. Pedí sopa y arroz para acompañar. Por su lado, Aung Moe Swe ordenó un plato que, cuando un rato después la mujer embarazada le puso delante, me hubiera gustado pedir. Lucía apetitoso, era un revuelto de verduras con pollo, al parecer muy picante, según informó mi recién estrenado amigo. Llevaba gafas de miope y todo el tiempo sonreía al hablar. Y casi sin darnos cuenta estábamos conversando de manera animada sobre la vida en esta ciudad llamada Mae Sot, que por su ubicación acogía a un gran número de birmanos desplazados hasta casi superar a la propia población tailandesa. Aung Moe Swe se refirió a sus compatriotas indocumentados que se buscaban la vida trabajando en fábricas de la zona y percibían salarios que un tailandés jamás aceptaría.

—¿Puedo? —preguntó de súbito Aung Moe Swe, haciendo una pausa en su relato.

Y metió su cuchara en mi sopa. Algo nada nuevo para mí. Recordé que lo hacían también los lahu de Tailandia. Esa naturalidad con que compartían la comida me era todavía difícil de superar. Tras volver a meter su cuchara en la sopa, con delicado disimulo, dejé el plato a un lado, insinuando que me había llenado.

Aung Moe Swe describía con pasión su trabajo en Mae Sot. Dirigía la Organización de Solidaridad Birmana del Trabajo. Su tarea era apoyar y asesorar a trabajadores birmanos en esta ciudad, migrantes en el limbo legal en Tailandia.

—¿Cuál es la posición del Gobierno tailandés?

—No tiene una posición clara. Al principio cedió a la presión de la ONU y no tuvo más remedio que habilitar campos de acogida en Mae Sot. Gente desplazada llegaba cada vez en mayor cantidad y ahora hay miles de birmanos de todas las etnias en esos campos.

—Pensaba que solo había un campo, pero dices que son varios. ¿Dónde están?

—El más grande es Mae La, a unos setenta kilómetros de aquí.

—¿Es posible ir?

—Se puede —dijo Aung Moe Swe y, con manifiesto interés, preguntó—: ¿Quieres visitarlo?

—He venido para eso.

—Podemos ir mañana. Pero tenemos que alquilar una moto.

—No hay problema, alquilamos una moto. Primero quiero ir a la frontera y, si nos alcanza el tiempo, vamos a Mae La.

—Como desees, solo digo que la moto tienes que alquilarla tú. Los tailandeses ya no me alquilan porque les debo mucho.

—¿Qué hace falta para alquilar?

—Solo dejas tu pasaporte como garantía. No habrá problema.

Acordamos salir temprano, en cuanto abriera el taller de las motos del empresario tai. A pesar de ser casi medianoche, la explanada de puestos de comida estaba más llena que antes con varones birmanos en su mayoría, sentados en grupos sobre el suelo.

—Si la policía tai apareciese en este momento se llevaría a todos estos —dijo, girando levemente la cabeza hacia la explanada—. Y a mí también —agregó con socarrona sonrisa, apurando lo que quedaba en el fondo del plato.

Él no tenía documento legal de residencia y, en consecuencia, tampoco estatus de refugiado. Pero eso no le quitaba ni una pizca de su sentido del humor. Me mostró un carné de estudiante tai. Gracias a ese carné burlaba los controles de la policía y las veces que se lo requisaron consiguió otro en una imprenta clandestina previo pago de cien bahts. Empezaba a gustarme su carácter y, gracias al buen humor que ambos compartíamos, evitamos tensiones que podrían surgir entre personas que acaban de conocerse.

De regreso a la casa birmana encontramos que sus compañeros veían un programa de la televisión estatal de su país. Una emisión que era pura arqueología. El decorado de aquel programa birmano consistía en un cortinón rojo vino como fondo. Al piano, un veterano cantante con bisoñé interpretaba canciones de sonido romántico. Los allí reunidos dijeron que era el cantante más famoso de Birmania. Cuando cambiaron de canal aparecieron generales del régimen inaugurando obras con el pecho repleto de condecoraciones, entregando diplomas a estudiantes, visitando obras en construcción y más inauguraciones. Largos y tediosos discursos con adustos generales de desvaída mueca en el rostro como remedo de sonrisa.

Mientras miraban la pantalla, yo los observaba. Uno de ellos era un hombre de aspecto frágil y gestos suaves, diferente a los demás; había cierta delicadeza en sus maneras. Cuando me lo presentaron dijo llamarse Naing Zaw. Algo me decía que era poeta. Cuando se produjo una pausa en la retransmisión de inauguraciones militares, me atreví a soltar la pregunta.

—¿Eres poeta, Naing Zaw?

El aludido me miró unos segundos, aturdido por la pregunta lanzada de manera tan repentina como directa.

—Sí —respondió tras el momento de turbación.

No me había equivocado.

—¿Te lo ha dicho Aung Moe Swe? —preguntó el poeta.

Aung Moe Swe me miró lleno de tensa inquietud, con los rasgados ojos abiertos con desmesura tras las gruesas gafas. Ni negó ni afirmó nada.

—No. Fue intuición. Me gustaría leer tus poemas.

—Están en birmano —lamentó Naing Zaw, relajado y quizá halagado por el interés que mostraba el extranjero—. Todavía no se han traducido al inglés.

Naing Zaw decía eso mientras arrancaba páginas de varios libros que le habían sido enviados desde Birmania. Al ver el interés que mostraba por aquella extraña operación, el poeta explicó:

—De manera obligatoria, esta hoja es introducida por la Junta Militar en toda clase de libros y revistas, sin excepción. Van siempre en la primera página y la proclama empieza así: «El pueblo desea, bla bla, bla...». Se alecciona al lector a preservar los valores de la nacionalidad birmana y repudiar los ataques extranjerizantes a nuestra cultura. Es pura propaganda panfletaria del Consejo del Estado para la Paz y el Desarrollo, el absurdo nombre oficial que la Junta Militar se ha dado a sí misma para legitimarse en el poder.

—Tienes cara de cansado —dijo de pronto Bo Kyi, dirigiéndose a mí.

Seguro que tenía cara de cansancio. Me había acostado muy tarde en Chiang Mai, el viaje había durado ocho largas horas y ahora eran más de las doce de la noche. Pestañeando, me disculpé y al retirarme le hice una seña con la mano a Aung Moe Swe.

—Sí, nos vemos mañana aquí —respondió él con un ademán enérgico.

Excepto para las bicicletas, los domingos la avenida Tha Pae Road de Chiang Mai se cerraba al tráfico rodado. La céntrica arteria se reservaba para uso exclusivo de peatones durante veinticuatro horas. Allí se daban cita músicos, bailarines, titiriteros y artesanos de toda clase de especialidades convirtiéndose en un verdadero festival de sorpresas inesperadas. Los puestos callejeros ofrecían la extensa variedad de platos de la gran cultura culinaria tailandesa. Celebraciones festivas que vagamente remitían a la madre China. Por la noche era casi imposible caminar en esa calle y las muchedumbres podían llegar a causar agobio.

Mientras llegaba el sueño, mis pensamientos se remontaron a un año atrás, a un día en concreto, donde había comenzado todo. Me vi caminando precisamente un domingo al final de la tarde por la Tha Pae Road, cuando de golpe me encontré con unas instalaciones que ocupaban el centro de la vía y se extendían a lo largo de decenas de metros. Impresionado por el fuerte dramatismo que transmitían iba avanzando despacio y me detuve ante una de aquellas obras. Permanecí un buen rato reflexionando sobre lo que veía: maderos entrecruzados y atados con alambres de espino de las que pendían desgarradas ropas de hombre y mujer, zapatos de adultos y niños, chanclas de goma regadas por el suelo, fotografías

familiares reventadas de sus marcos y el vidrio hecho añicos... Sugería que una familia había sufrido una abrupta irrupción en su vivienda y con extrema violencia forzada a abandonarla. Huellas de pisadas ensangrentadas en el suelo. No fue difícil descifrar el significado de aquella alegoría.

A pocos metros, en la misma Tha Pae Road, vi conversando a un grupo de jóvenes con aspecto de estudiantes, y deduje que debían ser los autores de las desaseos instalaciones. Sin embargo, me abstuve de hablar con ellos. No hacía falta, todas las obras hablaban con sobrada elocuencia sobre la tragedia sembrada por un conflicto bélico que tenía lugar en aquel país llamado Birmania. Además, una hoja clavada en los maderos explicaba la brutal represión política y militar de la dictadura gobernante sobre la población y, en especial, sobre activistas políticos. Birmania era para mí un nombre asociado a películas que recordaba de manera borrosa ambientadas en la Segunda Guerra Mundial. *El arpa birmana*, película japonesa; *Objetivo Birmania*, de género bélico; y una película más reciente que había visto en la televisión, *Más allá de Rangún*, ambientada en tiempos actuales, una historia en la que la protagonista occidental presencia en las calles la brutal represión del ejército contra una manifestación de estudiantes.

Las instalaciones de Chiang Mai hablaban de lo mismo: la guerra en sus diferentes formas de crueldad. Era mi penúltimo día en Chang Mai y me propuse conocer más sobre aquel país que había empezado a intrigarme. Trataría de documentarme para tener una idea de su pasado y su historia moderna. Después iría a conocerlo físicamente. Y un año después había regresado y me encontraba ahora en la ciudad tailandesa de Mae Sot, el primer paso para acercarme al país que deseaba conocer

y no precisamente como exótica atracción turística. La intención era escribir un reportaje cuyo tema central se iría definiendo al estudiar más en profundidad la historia del país.

A pesar de mi agotamiento me iba a costar dormir. Experimentaba lo que me solía ocurrir a menudo: el cuerpo estaba rendido, pero mi mente permanecía totalmente despierta. Miraba sin ver el techo de madera oscura de aquella modesta habitación, donde al parecer dormían personas con niños. Pensé en la circunstancia de hallarme allí. Birmania empezaba a hacerse realidad a través de las personas que había conocido esa noche. Las cosas no habrían podido empezar mejor.

Esperamos a que pusieran en condiciones la única motocicleta disponible que había en ese momento en el taller tailandés. Las demás estaban alquiladas y perderíamos el turno si nos íbamos a desayunar. Imaginé que íbamos a tener por delante muchos kilómetros de carretera, pero en veinte minutos estábamos en la frontera marcada por el río Moei. Me sorprendió que existiesen solo unos modestos puestos de control aduanero y policial. Aung Moe Swe encadenó la moto a un poste eléctrico y decidimos seguir por un caminito de tierra que descendía hasta la orilla del río, y, tras un buen rato caminando por el sendero, Aung Moe Swe se detuvo.

—Mira —dijo señalando con la mano hacia unas figuras lejanas.

Bajo el refulgente sol de la mañana, unas siluetas se acercaban como flotando sobre la oscura arena de la orilla. Cuando estuvieron cerca pude ver que eran cuatro mujeres. Tenían un porte esbelto, y el largo vestido hasta los tobillos les daba cierto aspecto elegante, aparte de los colores llamativos. Al pasar a unos metros nos dirigieron

miradas ceñudas. Eran jóvenes y tenían las mejillas y la frente cubiertas de una pasta blanquecina y unos ojos profundos y expresivos. Iban en una dirección que yo estaba lejos de sospechar. Se detuvieron junto a unos altos tallos de bambú en medio de un matorral. De allí surgieron gritos entrecortados que sonaban a alerta. Pero no había nadie. Las mujeres metieron los pies en el agua y empezaron a vadear el río, subido el vestido más arriba de las rodillas. En la orilla del lado birmano observaban la escena varios hombres sentados en lo alto de una barrera de troncos de madera.

—Policías de paisano —informó Aung Moe Swe sobre aquellos hombres.

—¿Crees que las van a detener?

—No. Hacen la vista gorda. Van a pedirles unos cuantos bahts.

Llevaban medicinas o dinero a sus familias. Más tarde volverían a vadear el río en sentido contrario. Las vimos llegar a la otra orilla con el vestido subido hasta medio muslo porque allí el río era más hondo. De los matorrales de bambú salieron unos hombres que habían estado escondidos. Eran los que habían lanzado gritos hace un rato. Tenían la tez oscura y el pelo largo y lacio hasta los hombros. Al pasar, el primero de los hombres me clavó la mirada, un destello de profunda desconfianza, intimidante y, al mismo tiempo, desvalida.

—¿Son de Bangladés?

—Son birmanos de Arakán.

Tenían el rostro pintado con la pasta blancuzca tirando a amarilla que Aung Moe Swe dijo que era *tanaká*, que, en contraste con la piel oscura, les daba un aire amenazante. Subieron de prisa por el talud y desaparecieron. De pronto, la orilla se llenó de actividad. Ahora varios hombres vadeaban el río. Más allá, otros hacían lo mismo, llevando bultos sobre la cabeza y haciendo equilibrios

para no resbalar. Desaparecían de prisa entre árboles y viviendas al llegar a la orilla birmana. El río Moei no tenía mucho caudal, pero dentro de un mes empezaría la época del monzón y entonces sería imposible vadearlo.

—¿Podría yo entrar a Birmania por esta frontera?

—El Gobierno birmano no da visa para entrar por aquí.

No estaba autorizado el ingreso de extranjeros por Myawaddy porque a unas decenas de kilómetros estaba el ejército independentista karen que de cuando en cuando libraba combates contra el Tatmadaw. Una guerra que birmanos como Aung Moe Swe sabían de su existencia desde que nacieron. Aparte de hombres y mujeres vadeando el río con pequeñas cargas de suministros que portaban sobre la cabeza, parecía no haber otra cosa de interés. Regresamos al lugar donde habíamos dejado la moto. Decidimos seguir a los arakaneses que iban caminando por el sendero alto de la orilla paralelo al río.

Había una explanada en medio del lecho seco del río Moei, una isleta de arena formada en la estación seca. Mujeres sentadas en el suelo exhibían sus rostros pintados con *tanaká* como protección contra el sol o decoración facial, y no dejaban de ser rostros agraciados. Comerciabán con infinidad de productos de contrabando, alimentos en conserva, perfumes, licores, tabaco de casi todas las marcas y cantidades ingentes de madera sin procesar; aunque también productos manufacturados, puertas, ventanas y mesas apiladas como torres en la isleta. En lo alto de esas torres, peones arakaneses dormían bajo el fuerte sol con los brazos sobre los rostros.

—Han trabajado toda la noche cruzando el río de ida y vuelta con toda esa madera que ves —dijo Aung Moe Swe.

Agregó que no tardarían en llegar comerciantes tai para cerrar tratos y llevarse no solo puertas y ventanas,

sino también las enormes cantidades de tablones. La madera provenía de la tala ilegal en bosques birmanos y salía por esta frontera.

—Este comercio ilegal está protegido por autoridades del régimen militar birmano y por el Gobierno tailandés —afirmó Aung Moe Swe, girando su mirada por el bullente mercado al aire libre—. Esto no es nada comparado con lo que mueve la tala ilegal.

—¿Qué tipo de madera?

—Varias especies. La más demandada es teca, la madera más fina y dura del mundo —repuso Aung Moe Swe, protegiéndose con la mano de los rayos del sol que le caían de lleno en el rostro—. ¿Conoces la teca? Los chinos están arrasando bosques de esta madera en el norte de Birmania.

En la isleta se vendían también ranas todavía cubiertas con el lodo negro de las charcas de la orilla. Ranas con un tamaño fuera de lo común. Se movían a impulsos desesperados tratando de escapar, pero tenían atadas las patas traseras, unas contra otras. Centenares de ellas boqueaban bajo el calor del día que iba en ascenso.

—Que no te llame la atención —advirtió Aung Moe Swe—. En nuestro país, el contrabando está en todas las fronteras. En Muse, en la frontera de China y el estado de Shan se mueve el dinero del opio y la heroína. Gracias a ese comercio viven miles de personas en esa región. De cuando en cuando la policía incauta drogas, productos forestales, artículos electrónicos, jade, animales vivos... Es puro simulacro. Después todo vuelve a la normalidad.

—¿Quieres decir que ese tráfico ilegal es tolerado por China, Tailandia y Birmania?

—Así es.

Desvié la mirada hacia el otro lado del río, a unas construcciones de madera de aspecto moderno y sólido.

—¿Qué es eso que se ve allá? —pregunté, y el birmano no disimuló la extrañeza que le produjo el abrupto cambio de tema.

—Ah... —dijo tratando de disculparse por haber dejado de lado algo tan importante—. Es el resort de Khun Sa.

—¿Quién es Khun Sa?

Dejábamos la isleta y mientras subíamos por el talud, describió a Khun Sa como el más importante señor del opio. Era un exmilitar shan de padre chino, formado militarmente por el Koumintang y después por el ejército birmano. Independizado de la tutela de ambas fuerzas, formó su propia milicia con dinero proveniente del comercio de opio y heroína. Como señor de la droga movía sus operaciones financieras desde el Triángulo de Oro, una zona de conveniencia acordada por Tailandia, Laos y Birmania, a orillas del río Mekong, frontera común entre los tres países. Concentraba la industria del juego a gran escala y era centro de operaciones económicas ilegales a nivel mundial.

—He estado en el Triángulo de Oro. Desde una lancha en el río Mekong se ven edificaciones lujosas de varios pisos. Son casinos que no cierran nunca.

—No conozco porque no he salido de aquí —rumió Aung Moe Swe—. Ese resort que vemos tiene varios campos de golf y toda clase de lujos para el turismo de gente rica. Lo ha construido Khun Sa. Pero él no vive allí.

Estábamos en un café próximo a la explanada donde habíamos estado la noche anterior. Lucía distinta a la luz del día; la muchedumbre de migrantes parecía desenvolverse en una atmósfera de lentitud. Hombres y mujeres sentados en las aceras parecían saber de antemano que al final del día nada habrá ocurrido en sus vidas, sabiéndose

despojados incluso de tener esperanzas en un país que los soportaba con sentimientos ambiguos.

Aung Moe Swe desayunó sopa con fideos de arroz muy picante. Me sentía inapetente, lo que había visto en la mañana y lo que veía ahora condicionaba mi estado de ánimo. Todo aquello necesitaba ser asimilado, evitar su impacto emotivo, sin que se debilitara la ilusión que me había traído a este lugar. Entretanto, para no desayunar salado y picante había pedido que me trajeran un té del local de al lado. Pero de inmediato me di cuenta de que había cometido un error. La leche condensada dulce destruía el sabor original del té.

Abordamos por la tarde un asunto de primera importancia para Aung Moe Swe: la organización laboral que dirigía en Mae Sot. Luego iríamos a conocer el dispensario-escuela abierto por los birmanos en Mae Sot.

Pero antes decidimos «asaltar» una fábrica propiedad de una empresa de capital chino-tai. En esa fábrica trabajaban birmanos sin residencia legal en el país y cobraban un salario muy por debajo de lo prescrito por las leyes laborales tailandesas. La fábrica estaba resguardada por policías privados a todo lo largo de la parte frontal y lateral del edificio. Con la moto dimos un rodeo hasta la parte posterior, pero desde allí tampoco era posible fotografiar el interior. Trepé sobre un montículo de escombros del que sobresalía vegetación espinosa, buscando una mejor visión. Lo descarté. Al bajar del montículo vi a Aung Moe Swe saltar hacia atrás aullando de terror.

—¿Qué pasa!

—¿No has visto? ¡Una víbora ha pasado por la punta de tu zapato con la boca abierta y se ha venido hacia mí!

Había sido todo tan repentino que no fui capaz de ver nada al tener la mirada puesta en el muro de la

fábrica. Al subir sobre el montículo de escombros había espantado a la víbora, que emergió como una flecha desde su escondite y pasó rozando mis pies. Me había salvado de su picadura de milagro.

En el dispensario-escuela había niños de entre cuatro y doce años de edad, y se podía observar que en su mirada había poca o ninguna alegría. Había sido construido por los birmanos de Mae Sot con materiales provenientes de casas demolidas. Atendía a birmanos carentes de asistencia sanitaria y, a pesar de sus limitaciones económicas, también se dedicaba a la prevención de enfermedades endémicas de la región, como la malaria. Fue la primera vez que Aung Moe Swe me habló de la doctora Cynthia Maung.

—Nuestra gente necesita atención sanitaria —recalcó—. La doctora Cynthia está en primera línea porque sabe que estamos abandonados por el Gobierno birmano y el Gobierno tailandés. De no ser por ella, una infección puede convertirse en mortal si el niño no recibe atención médica a tiempo.

Era simplemente la «doctora Cynthia». Sus compatriotas le profesaban cariño y respeto. Su clínica atendía a diario y de manera gratuita a desplazados y migrantes birmanos en Mae Sot.

Nos habíamos resguardado bajo el techo de un modesto puesto de bebidas, tan precario que, en realidad, era un cobertizo con piso de tierra y una sola mesa. Por suerte uno podía encontrar agua helada incluso en los locales de aspecto miserable, así es que pedimos un par de botellas.

—En Mae La hay treinta mil refugiados —dijo Aung Moe Swe, adoptando un aire solemne—. Una ONG europea ha calculado que hay un millón de refugiados a lo largo de la frontera entre Birmania y Tailandia. Una

parte de ese millón está encerrada en sesenta campos, y la otra, en varias ciudades tailandesas más o menos cerca de la frontera como migrantes ilegales. Una de esas ciudades es Mae Sot. Los birmanos aquí somos todos ilegales.

Esa mañana, viendo a hombres y mujeres vadear el río Moei, me había relatado que esa era una de las maneras de entrar en Tailandia si tenían la suerte de esquivar a los vigilantes y no ser devueltos a Birmania. Aquel constante movimiento de personas duraba décadas. Las autoridades encargadas de su control habían terminado por hacer la vista gorda dado que a los Gobiernos tailandés y birmano no les interesaba abordar el problema ni acordar una solución por lo menos temporal. La constante migración de personas no era solo por la crisis económica birmana, sino también por la guerra que ensangrentaba el país. Mujeres y hombres cargaban a sus hijos pequeños y algunas cosas elementales y se arriesgaban a correr toda clase de peligros con tal de huir de una muerte segura en sus aldeas al avanzar las fuerzas del Tatmadaw.

—Detener a algunos y devolverlos a la frontera no arregla nada —dijo Aung Moe Swe y señaló hacia los muros de la fábrica de enfrente—. Los birmanos que se han podido quedar son ilegales, y como tales trabajan en fábricas como esa que has querido fotografiar.

Eran jornadas de trabajo de once horas por un salario de cincuenta bahts al día (equivalente a un dólar cincuenta), en fábricas dedicadas a la confección de ropa y otras industrias de manufactura para empresas de Bangkok.

—Tienen un solo día de descanso al mes, sin paga. Sin seguro médico. Hay hombres y mujeres que trabajan en fábricas químicas manipulando materiales tóxicos sin protección de guantes ni máscaras. Tienen afecciones en

la piel, la garganta y los ojos. Si el trabajador enferma y no va al trabajo tres días, es dado de baja.

Había varios negocios de indios que tenían talleres de sarongs y grandes tiendas en la zona comercial. Eran ricos, y los birmanos sentían respeto por ellos porque donaban mantas y dinero para los refugiados. Pero el auténtico negocio de estos comerciantes indios estaba en el contrabando de oro proveniente de Birmania a través de la frontera.

Empresarios indios y tailandeses tenían «autorización» para contratar a migrantes ilegales. La propia policía lucraba con la extorsión al simular operaciones de control, pedir el permiso de residencia y dejarlos libres tras un pago entre 300 y 400 bahts.

Durante la crisis económica en Asia en la década de 2000, el Gobierno tailandés devolvió a la fuerza a miles de birmanos a su país. Recuperado el crecimiento económico se volvió a necesitar mano de obra ilegal.

—Lo más deleznable son los frecuentes abusos sexuales con las mujeres —reveló Aung Moe Swe, con refrenada indignación—. Solo el año pasado se denunciaron alrededor de 2500 casos de este tipo de abuso. No se puede calcular el verdadero número porque la mayoría de mujeres no denuncia.

Las jóvenes estaban siempre bajo el peligro de esas agresiones y, por su condición de trabajadoras ilegales, carecían de la protección de las leyes laborales tailandesas.

—¿La solución? —se preguntó Aung Moe Swe, fruncido el entrecejo—. El Gobierno birmano tiene la responsabilidad de velar por la seguridad de todos nosotros y por lo menos debería llegar a un acuerdo con el Gobierno tailandés para exigir nuestra protección. Nosotros estamos contribuyendo al crecimiento de la economía de este país.

—Si todos ustedes han sido expulsados de Birmania, sea cual sea la causa, ¿por qué había de protegerlos Tailandia? —repliqué, asumiendo el papel de abogado del diablo—. Además, a ustedes el Gobierno no los quiere en Birmania.

Aung Moe Swe me miró fijamente a los ojos, perturbado. ¿A qué viene eso?, parecía preguntarse.

—¿Por qué? —respondió con irritación y, después de unos segundos, exclamó—: ¡Las empresas tailandesas, necesitan nuestra mano de obra!

Aparte de los conflictos armados, el otro motivo de los desplazamientos es que en Birmania no había trabajo, el país carecía de industrias.

—El Gobierno birmano intenta atraer capital extranjero, pero en el fondo es para reforzarse en el poder —continuó, más calmado—. Aun así, las inversiones no llegan. Y no van a llegar mientras seamos un país bajo sanciones económicas y comerciales gobernado por una dictadura que asesina sin piedad a opositores demócratas.

Reconcentrado, lo escuchaba sorbiendo de cuando en cuando el agua helada directamente de la botella.

—Es duro lo que dices y no me extraña que no te importe ser ilegal en este país —dije sin querer dejar de lado el delicado asunto de la indefensión en que se hallaban sus sobreexplotados compatriotas—. Hasta que no haya un régimen de distinto signo, sin persecuciones políticas y sin guerra, no van a llegar inversiones a Birmania.

—Ejemplos de querer cambiar hay muchos —reflexionó Aung Moe Swe, sin disimular la tensión que le causaba tratar la dolorosa realidad de su país—. Año tras año oímos hablar de apertura económica, pero jamás llega. Y sobre derechos laborales, nada.

COLECCIÓN FUERA DE SÍ

*Un paseo literario por el mundo a través
de autores y viajeros de hoy.*

ÚLTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS

CO#10 *El ladrón de recuerdos*
Viaje por río a través de Colombia - MICHAEL JACOBS

CO#11 *Heridas del viento*
Crónicas armenias - VIRGINIA MENDOZA

CO#12 *La memoria de la Tierra*
Kimberley o el Far West australiano - RAFAEL MANRIQUE

CO#13 *Una huida imposible*
California y sus escritores - TONI MONTESINOS

CO#14 *El soñador errante*
De viaje con Pierre Loti - ÁLEX FRAILE

CO#15 *La otra Grecia* *Viajes a Salónica, Macedonia
y los Balcanes del sur* - MARTA MONEDERO

CO#16 *La naturaleza del silencio*
Nueve meses entre cien habitantes - SUSO MOURELO

CO#17 *La India en que viví*
ALEXANDRA DAVID-NÉEL

CO#18 *Las Tres Venecias*
Viajes por la Italia mitteleuropea - JORGE CANALS PIÑAS

CO#19 *Bebida para señoritas* *Crónicas caribeñas
cargadas de ron, ron, ron...* - ARANTZA PRÁDANOS

CO#20 *Oasis prohibidos* *De Pekín a Cachemira.
Una mujer a través de Asia Central en 1935* - ELLA MAILLART

CO#21 *Viaje al Reino de Ava*
Una crónica birmana - LEONCIO ROBLES



Birmania era un país en el que cabía preguntarse cómo era posible que funcionaran las cosas [...]. Y que sus múltiples guerras, al extenderse en el tiempo, han sido casi olvidadas por el resto del mundo. Es una guerra eterna.

LEONCIO ROBLES

El 4 de enero de 1948, Birmania (Myanmar) se independizó tras 124 años de formar parte del imperio colonial británico en Asia. El sector antifascista había logrado mayoría absoluta en las primeras elecciones de 1947. Pero antes de que la plena soberanía entrara en vigor, Aun Sang, el principal líder independentista, fue asesinado, lo que aplazó el anhelo de sus compatriotas de vivir en democracia hasta la segunda década del siglo XXI.

En *Viaje al Reino de Ava*, Leoncio Robles recorre Birmania, un país cuya historia registra repetidas luchas frustradas para acceder a la libertad y a la democracia, y cuyos habitantes han aprendido a vivir en constante inestabilidad. Conocemos, por ejemplo, a un librero que analiza con humor negro las mentiras del régimen militar; a un descendiente del último príncipe shan asesinado por los militares golpistas, quien divulga con discreción el legado de su antepasado; a un exprofesor que despliega erudición al describir las dependencias y tensiones impuestas por la geopolítica; y a una anciana de clase alta que enseña inglés de manera altruista a hijos de campesinos, convencida de que la educación es la herramienta para conquistar la libertad. Todo ello en medio de una guerra que involucra aproximadamente a quince grupos étnicos.

Robles encuentra el equilibrio entre la información histórica y los diarios de viaje, y nos acerca a una realidad tan compleja como fascinante. Nos muestra las consecuencias de más de cincuenta años de conflictos armados que se han convertido en parte de la vida cotidiana. En estas páginas se condensa la imagen de la Birmania de estos tiempos, a través de un relato que representa el horror y la tristeza, pero también los sueños rotos y las promesas de una tierra encantada devorada por el olvido.